

4

1937

I

Volodia Peshkov agachó la cabeza ante la copiosa nevada mientras cruzaba el puente sobre el río Moscova. Llevaba un grueso sobretodo, un sombrero de piel y un par de botas de cuero fuerte. Pocos moscovitas vestían tan bien. Volodia era afortunado.

Siempre había tenido botas de buena calidad. Su padre, Grigori, era comandante del ejército. Era un hombre con poca ambición: aunque había sido un héroe de la revolución bolchevique y había conocido a Stalin, su carrera se había estancado en algún punto durante los años veinte. Con todo, su familia siempre había vivido con holgura.

Por contra, Volodia sí tenía ambiciones. Después de terminar la universidad había ingresado en la prestigiosa Academia de los Servicios Secretos del Ejército. Un año más tarde lo habían destinado al cuartel general de los servicios secretos del Ejército Rojo.

Su mayor filón había sido conocer a Werner Franck en Berlín, donde su padre trabajaba como agregado militar en la embajada soviética. Werner estudiaba en la misma escuela que él, aunque en una clase de grado inferior. Al enterarse de que el joven Werner odiaba el fascismo, Volodia le sugirió que la mejor forma de luchar contra los nazis era trabajar de espía para los rusos.

En aquel entonces Werner solo tenía catorce años, pero ahora había cumplido los dieciocho, trabajaba en el Ministerio del Aire, odiaba a los nazis aún más y poseía un poderoso transmisor de radio y un libro de códigos. Era ingenioso y valiente, asumía grandes riesgos y recogía información de valor inestimable. Y Volodia era su contacto.

Volodia no veía a Werner desde hacía cuatro años, pero lo recorda-

ba perfectamente. Era alto, tenía el pelo de un llamativo color bermejo y, por su apariencia y comportamiento, siempre daba la impresión de ser mayor de lo que en realidad era; incluso a los catorce años tenía un éxito envidiable con las mujeres.

Hacia poco que Werner lo había puesto sobre aviso con respecto a Markus, un diplomático de la embajada alemana en Moscú que era comunista en secreto. Volodia se había puesto en contacto con Markus y lo había reclutado como espía. Markus llevaba unos cuantos meses proporcionándole continuos informes que Volodia traducía al ruso y trasladaba a su jefe. El último era un relato fascinante de cómo los líderes empresariales estadounidenses filonazis abastecían a los insurgentes derechistas españoles de camiones, neumáticos y combustible. El presidente de Texaco y admirador de Hitler, Torkild Rieber, utilizaba los petroleros de la compañía para pasar combustible de contrabando a las tropas de Franco vulnerando la disposición expresa del presidente Roosevelt.

Volodia iba camino de encontrarse con Markus.

Avanzó por la avenida Kutúzovski y torció hacia la estación de Kiev. Ese día su cita debía tener lugar en un bar cercano a la estación frecuentado por obreros. Nunca se encontraban dos veces en un mismo sitio sino que al final de cada reunión concertaban la siguiente: Volodia era muy meticuloso en relación con la forma de efectuar los intercambios. Siempre utilizaban bares o cafés baratos donde los colegas diplomáticos de Markus no pondrían los pies ni por asomo. Si por algún motivo Markus acababa despertando sospechas y lo seguía un agente de contraespionaje alemán, Volodia lo sabría porque el hombre destacaría entre los demás clientes.

El bar en cuestión se llamaba Ucrania. Su estructura era de madera, como la de la mayoría de los edificios de Moscú. Las ventanas se veían empañadas, o sea que por lo menos el interior debía de estar caldeado. No obstante, Volodia no entró enseguida, tenía que tomar más precauciones. Cruzó la calle y se coló en el portal de un edificio de viviendas. Aguardó de pie en el frío vestíbulo mientras observaba el bar a través de un ventanuco.

Se preguntaba si Markus aparecería. Hasta el momento, lo había hecho siempre; sin embargo, no podía estar seguro. Y si acudía a la cita, ¿qué información le llevaría? España era el tema más candente de la política internacional, pero los servicios secretos del Ejército Rojo también estaban sumamente interesados en los armamentos alemanes.

¿Cuántos tanques fabricaban al mes? ¿Cuántas ametralladoras Mauser MG34 al día? ¿Cuál era la fiabilidad del bombardero Heinkel He 111? Volodia anhelaba poseer esa información para comunicársela a su jefe, el comandante Lemítov.

Transcurrió una hora, y Markus no apareció.

Volodia empezaba a preocuparse. ¿Habrían descubierto a Markus? Trabajaba como ayudante del embajador y, por tanto, veía todo lo que pasaba por su escritorio; pero Volodia le había instado a que se procurara acceso a otros documentos, en especial a la correspondencia de los agregados militares. ¿Habría cometido un error pidiéndoselo? ¿Habría reparado alguien en Markus mientras trataba de meter las narices en telegramas que no eran de su incumbencia?

Entonces apareció caminando por la calle, una figura imponente con gafas y un abrigo loden de estilo austríaco cuyo paño verde estaba salpicado de blancos copos de nieve. Entró en el bar Ucrania. Volodia aguardó, observándolo. Otro hombre entró detrás de Markus, y Volodia frunció el entrecejo con preocupación; sin embargo, estaba claro que era un obrero ruso, no un agente de contraespionaje alemán. Se trataba de un hombre bajito con cara de rata que llevaba un abrigo raído y las botas envueltas con andrajos, y se enjugaba la húmeda punta de la nariz afilada con la manga.

Volodia cruzó la calle y entró en el bar.

Era un local cargado de humo, no precisamente limpio, y estaba impregnado del olor de hombres que no se bañaban a menudo. En las paredes había colgadas acuarelas desvaídas de paisajes ucranianos con marcos baratos. Era media tarde, y no había muchos clientes. La única mujer del local tenía aspecto de ser una prostituta avejentada que se estaba recuperando de una resaca.

Markus se encontraba al fondo del local, encorvado sobre una jarra de cerveza intacta. Estaba en la treintena pero parecía mayor, con su barba y su bigote rubios y cuidados. Había arrojado su abrigo de modo que quedaba abierto y revelaba el forro de piel. El ruso con cara de rata estaba sentado a dos mesas de distancia y liaba un cigarrillo.

Cuando Volodia se acercó, Markus se puso en pie y le propinó un puñetazo en la boca.

—¡Enculavacas! —le gritó en alemán—. ¡Grandísimo hijo de perra!

Volodia estaba tan asombrado que, por un instante, no reaccionó. Le dolían los labios y notaba el sabor de la sangre. En un acto reflejo, levantó el brazo para devolverle el golpe, pero se contuvo.

Markus quiso pegarle otra vez, pero en esta ocasión Volodia estaba prevenido y esquivó la brutal andanada con facilidad.

—¿Por qué lo has hecho? —gritó Markus—. ¿Por qué?

Entonces, de forma igualmente repentina, se dejó caer en el asiento, hundió el rostro entre las manos y empezó a sollozar.

Volodia habló con los labios ensangrentados.

—Cállate, estúpido —le espetó. Se dio media vuelta y se dirigió a los otros clientes, que miraban de hito en hito—. No pasa nada, está disgustado.

Todos apartaron la mirada, y un hombre se marchó. Los moscovitas nunca se metían en líos si podían evitarlo. Incluso separar a dos borrachos enzarzados en una pelea podía resultar peligroso, no fuera a ser que uno de ellos tuviera influencia en el partido. Y sabían que Volodia era de esos; lo deducían por su abrigo de primera calidad.

Volodia se volvió hacia Markus y, con voz baja y tono airado, le dijo:

—¿A qué cuernos viene eso? —le preguntó en alemán ya que Markus hablaba mal el ruso.

—Has detenido a Irina —respondió el hombre entre lágrimas—. Puto malnacido; le has quemado los pezones con un cigarrillo.

Volodia crispó el rostro. Irina era la novia de Markus, y era rusa. Empezaba a comprender de qué iba todo aquello y tuvo un mal presentimiento. Se sentó enfrente de Markus.

—Yo no he detenido a Irina —dijo—. Y si le han hecho daño, lo siento. Cuéntame qué ha ocurrido.

—Fueron a buscarla de madrugada. Su madre me lo contó. No dijeron quiénes eran, pero no se trataba de simples agentes de policía; iban mejor vestidos. Su madre no sabe adónde se la han llevado. Le empezaron a hacer preguntas sobre mí y la acusaron de ser una espía. La torturaron y la violaron, y luego la sacaron de casa.

—Joder —exclamó Volodia—. Lo siento de veras.

—¿Que lo sientes? Tiene que haber sido cosa tuya. ¿De quién, si no?

—Los servicios secretos no han tenido nada que ver, te lo juro.

—Eso no cambia las cosas —repuso Markus—. No quiero saber nada más de ti, ni tampoco quiero saber nada más del comunismo.

—A veces se sufren bajas en la guerra contra el capitalismo. —Incluso a Volodia, mientras lo decía, le sonó a pura palabrería.

—Niñato estúpido —le espetó Markus con virulencia—. ¿No comprendes que el socialismo implica liberarse de toda esa mierda?

Volodia levantó la cabeza y vio entrar a un hombre fornido con un abrigo de cuero. Su instinto le decía que no había acudido simplemente a tomar un trago.

Allí se estaba cociendo algo y Volodia no sabía el qué. Era novato en el juego, y en esos precisos momentos acusaba su falta de experiencia tanto como si careciera de un brazo o una pierna. Creía que podía estar en peligro pero no sabía qué hacer.

El recién llegado se acercó a la mesa de Volodia y Markus.

Entonces el hombre con cara de rata se puso en pie. Tenía más o menos la misma edad que Volodia y, sorprendentemente, habló en un registro culto.

—Ustedes dos quedan detenidos.

Volodia soltó unas palabrotas.

Markus se puso en pie de un salto.

—¡Soy agregado comercial en embajada alemana! —gritó en un ruso gramaticalmente incorrecto—. ¡No pueden detener! ¡Tengo inmunidad diplomática!

Los otros clientes abandonaron el bar a toda prisa, propinándose empujones mientras se apretujaban para pasar por la puerta. Solo se quedaron dos personas: el camarero, que limpiaba la barra nervioso con un trapo mugriento, y la prostituta, que estaba fumándose un cigarrillo y contemplaba un vaso de vodka vacío.

—A mí tampoco pueden detenerme —dijo Volodia con calma, y sacó la tarjeta de identificación de su bolsillo—. Soy el teniente Peshkov, de los servicios secretos del ejército. ¿Y usted? ¿Quién cojones es?

—Dvorkin, del NKVD.

—Berezovski, del NKVD —dijo el hombre del abrigo de cuero.

La policía secreta. Volodia refunfuñó: debería haberlo supuesto. Las competencias del NKVD se solapaban con las de los servicios secretos. Le habían advertido que las dos organizaciones se pasaban la vida pisándose el terreno, pero era la primera vez que le ocurría a él. Se dirigió a Dvorkin.

—Supongo que sois vosotros los que habéis torturado a la novia de este hombre.

Dvorkin se limpió la nariz con la manga; al parecer, la desagradable costumbre no formaba parte de su disfraz.

—No tenía información.

—O sea que le habéis quemado los pezones para nada.

—Ha tenido suerte. Si hubiera sido una espía, le habría ido peor.

—¿No se os ocurrió consultarlo primero con nosotros?

—¿Es que vosotros nos habéis consultado algo alguna vez?

—Yo me voy —dijo Markus.

Volodia se exasperó. Estaba a punto de perder a un buen contacto.

—No te vayas —le suplicó—. Arreglaremos lo de Irina de alguna forma. Le conseguiremos el mejor tratamiento hospitalario...

—Vete a la mierda —le espetó Markus—. No volverás a verme nunca más. —Y salió del bar.

Dvorkin, evidentemente, no sabía qué hacer. No quería dejar que Markus se marchara, pero estaba claro que no podía detenerlo sin dar la impresión de que cometía una estupidez. Al final le dijo a Volodia:

—No deberías permitir que te hablaran de ese modo, te hacen quedar como un blando. Deberían respetarte más.

—Cabrón —saltó Volodia—. ¿Acaso no ves lo que has hecho? Ese hombre era una fuente fidedigna de información secreta, pero jamás volverá a trabajar para nosotros, gracias a vuestro error garrafal.

Dvorkin se encogió de hombros.

—Tal como tú mismo has dicho, a veces se sufren bajas.

—Maldita la hora —repuso Volodia, y abandonó el local.

Sintió unas ligeras náuseas mientras cruzaba el río de regreso. Le repugnaba lo que el NKVD había hecho a una mujer inocente, y estaba abatido por haber perdido a su contacto. Tomó el tranvía: no tenía la categoría suficiente para disponer de coche propio. Iba cavilando mientras el vehículo avanzaba poco a poco entre la nieve rumbo a su puesto de trabajo. Tenía que informar al comandante Lemítov, pero vacilaba, preguntándose cómo iba a explicarle la historia. Necesitaba dejar claro que la culpa no era suya sin que pareciera que buscaba pretextos.

La sede central de los servicios secretos del ejército ocupaba una esquina del aeródromo de Jodinka, donde una paciente máquina quitanieves iba de un lado a otro para mantener la pista despejada. Tenía un estilo arquitectónico peculiar: un edificio de dos plantas sin ventanas en ninguna fachada exterior rodeaba un patio en el que se ubicaba el edificio de nueve plantas de las oficinas centrales, que sobresalía cual dedo índice de un puño de ladrillo. No se permitía la entrada con mecheros ni plumas estilográficas puesto que podían hacer saltar los detectores de metales de la puerta, así que el ejército proveía a su plantilla de ambas cosas en el interior. Las hebillas de los cinturones también

resultaban problemáticas, por lo que la mayoría del personal llevaba tirantes. Las medidas de seguridad estaban de más, por supuesto. Los moscovitas procuraban mantenerse alejados del edificio por todos los medios; ninguno estaba lo bastante loco para querer colarse allí.

Volodia compartía un despacho con tres oficiales más, sus escritorios de acero estaban situados uno al lado del otro, contra las paredes opuestas. Había tan poco espacio que el escritorio de Volodia impedía que la puerta se abriera del todo. Kamen, el cerebritito del despacho, observó sus labios hinchados.

—Déjame adivinarlo... Su marido regresó a casa antes de lo previsto —dijo.

—No me preguntes nada —repuso Volodia.

En su escritorio había un mensaje descodificado de la sección de radiotelegrafía; las palabras en alemán aparecían escritas en lápiz letra por letra debajo de los grupos de códigos.

El mensaje era de Werner.

Al principio, Volodia reaccionó con temor. ¿Habría denunciado Markus lo sucedido a Irina y habría convencido a Werner para que también dejara el espionaje? Parecía un día lo bastante aciago como para que coincidieran dos desastres de semejante calibre.

Pero el mensaje no anunciaba ningún desastre sino todo lo contrario.

Volodia lo leyó con creciente perplejidad. Werner explicaba que el ejército alemán había decidido enviar espías a España para hacerse pasar por voluntarios antifascistas a la espera de poder luchar junto al gobierno en la guerra civil. Desde el frente, informarían de forma clandestina a los puestos radiotelegráficos del campamento de las tropas nacionales atendidos por los alemanes.

Eso solo ya era información sumamente importante.

Pero había más.

Werner tenía los nombres.

Volodia tuvo que refrenarse para no ponerse a gritar de alegría. Pensó que una situación como aquella solo se daba una vez en la vida de un agente de los servicios secretos. Compensaba de sobra la pérdida de Markus. Werner era un auténtico tesoro. A Volodia le daba miedo pensar en los riesgos que tenía que haber corrido para sustraer la lista con los nombres y sacarla a escondidas de las oficinas centrales del Ministerio del Aire en Berlín.

Sintió la tentación de echar a correr escaleras arriba e irrumpir en el despacho de Lemítov de inmediato, pero se contuvo.

Los cuatro oficiales compartían una máquina de escribir. Volodia levantó la pesada y vieja máquina del escritorio de Kamen y la colocó en el suyo. Con el dedo índice de ambas manos, tecleó una traducción al ruso del mensaje de Werner. Mientras lo hacía, la luz del día empezó a apagarse y los potentes focos de seguridad del exterior del edificio se encendieron.

Tras dejar una copia de papel carbón en el cajón de su escritorio, tomó la hoja superior y subió las escaleras. Lemítov se encontraba en su despacho. Se trataba de un hombre bien plantado de unos cuarenta años, con el pelo oscuro peinado hacia atrás con brillantina. Era sagaz, y tenía el don de pensar siempre un poco más allá que Volodia, que se esforzaba por emular su capacidad de anticipación. No comulgaba con la rígida doctrina del ejército según la cual el orden militar consistía en gritar e intimidar al prójimo; sin embargo, no tenía compasión con los incompetentes. A Volodia le infundía respeto y temor.

—Es posible que esta información sea de una utilidad tremenda —dijo Lemítov cuando hubo leído la traducción.

—¿Cómo que «es posible»? —Volodia no veía ninguna razón para dudar.

—Podría tratarse de información falsa —observó Lemítov.

Volodia no quería creerlo, pero, con un sentimiento de decepción, reparó en que tenía que considerar la posibilidad de que hubieran descubierto a Werner y este se hubiera convertido en un agente doble.

—¿Qué clase de información falsa? —preguntó con desaliento—. ¿Nombres de personas inexistentes para hacernos perder el tiempo?

—Tal vez. También es posible que los nombres sean verdaderos y correspondan a auténticos voluntarios, a comunistas y socialistas que han huido de la Alemania nazi y se han dirigido a España para luchar por la libertad. Podríamos acabar deteniendo a auténticos antifascistas.

—Maldita sea.

Lemítov sonrió.

—¡No pongas esa cara tan triste! Aun así, la información es de gran valor. En España tenemos espías propios, jóvenes soldados y oficiales rusos que se han alistado «voluntariamente» en las Brigadas Internacionales. Ellos lo investigarán. —Tomó un lápiz rojo y escribió en la hoja de papel con letra menuda y pulcra—. Buen trabajo —dijo.

Volodia lo interpretó como una autorización para retirarse y se dirigió a la puerta.

—¿Has visto hoy a Markus? —preguntó Lemítov.

Volodia se dio media vuelta.

—Hemos tenido un problema.

—Lo imaginaba, por cómo tienes la boca.

Volodia le explicó lo ocurrido.

—Así que he perdido a un buen confidente —concluyó—. Pero no sé de qué otro modo podría haber obrado. ¿Tendría que haber hablado con el NKVD de Markus y advertirles que se mantuvieran al margen?

—Y una mierda —exclamó Lemítov—. No son nada de fiar, nunca les cuentas nada. Pero no te preocupes, no has perdido a Markus. Puedes recuperarlo fácilmente.

—¿Cómo? —preguntó Volodia sin comprenderlo—. Ahora nos odia a todos.

—Vuelve a detener a Irina.

—¿Qué? —Volodia estaba horrorizado. ¿Acaso la chica no había sufrido ya bastante?—. Así aún nos odiará más.

—Dile que si no continúa colaborando con nosotros, volveremos a someterla a todo el interrogatorio.

Volodia trató desesperadamente de disimular la repugnancia que sentía. Era importante no parecer demasiado impresionable. Además, sabía que el plan de Lemítov funcionaría.

—Claro —logró responder.

—Solo que esta vez —prosiguió Lemítov— dile que le meteremos los cigarrillos encendidos por el coño.

Volodia creía estar a punto de vomitar. Tragó saliva y respondió:

—Buena idea. Voy por ella.

—Basta con que vayas esta madrugada —dijo Lemítov—. A las cuatro, para lograr el máximo efecto.

—Sí, señor. —Volodia salió del despacho y cerró la puerta tras de sí.

Se detuvo un momento en el pasillo, se sentía mareado. Pero un empleado administrativo que pasaba por allí lo miró con cara rara y lo obligó a seguir caminando.

Iba a tener que hacerlo. No torturaría a Irina, por descontado: bastaría con la amenaza. Pero ella se la tomaría en serio y se llevaría un susto de muerte. Volodia tenía la impresión de que él en su lugar se volvería loco. Cuando se alistó en el Ejército Rojo nunca imaginó que tendría que llevar a cabo semejantes prácticas. Claro que en el ejército se mataba a gente, eso ya lo sabía; pero ¿torturar a muchachas?

El edificio se estaba quedando desierto, empezaban a apagarse las luces de los despachos y por los pasillos circulaban hombres con el

sombrero puesto. Era hora de marcharse a casa. De camino a su despacho, Volodia telefoneó a la policía militar y convino en encontrarse con una brigada a las tres y media de la madrugada para detener a Irina. Luego se puso el abrigo y salió para tomar un tranvía hasta su casa.

Volodia vivía con sus padres, Grigori y Katerina, y con su hermana Ania, que tenía diecinueve años y todavía estudiaba en la universidad. Durante el trayecto en el tranvía, se preguntó si podía hablar con su padre de aquello. Se imaginó preguntándole: «¿Tenemos que torturar a gente en la sociedad comunista?». Pero ya sabía cuál sería la respuesta. Se trataba de una necesidad temporal, imprescindible para proteger la revolución de los espías y los elementos subversivos contratados por los imperialistas capitalistas. Tal vez podría preguntarle: «¿Cuánto tiempo falta para que abandonemos unas prácticas tan atroces?». Por supuesto, su padre no lo sabía; nadie lo sabía.

Cuando la familia Peshkov regresó de Berlín, se trasladó a vivir a la residencia gubernamental, también llamada a veces la Casa del Dique, un bloque de pisos situado en la orilla del río opuesta al Kremlin, destinado a alojar a miembros de la élite soviética. Era un edificio colosal de estilo constructivista que albergaba más de quinientas viviendas.

Volodia saludó con la cabeza al policía militar apostado en la entrada antes de cruzar el espléndido vestíbulo (tan amplio que algunas noches se celebraban bailes amenizados por una banda de jazz) y subir con el ascensor. El piso era lujoso para los estándares soviéticos, con agua caliente constante y teléfono, pero no resultaba tan acogedor como su hogar de Berlín.

Su madre se encontraba en la cocina. Katerina era una cocinera mediocre y poco amante de las tareas domésticas, pero el padre de Volodia la adoraba. En 1914, en San Petersburgo, la había salvado de las indeseadas atenciones de un policía acosador, y desde entonces estaba enamorado de ella. A sus cuarenta y tres años seguía siendo atractiva, según deducía Volodia, y durante el tiempo que la familia llevaba formando parte del círculo diplomático había aprendido a vestir con más elegancia que la mayoría de las rusas, aunque procuraba no lucir un aspecto occidental: eso en Moscú constituía una grave ofensa.

—¿Te has dado un golpe en la boca? —le preguntó después de que él la saludara con un beso.

—No es nada. —Volodia notó el aroma del pollo—. ¿Tenemos una cena especial?

—Ania ha invitado a un amigo.

—¡Ah! ¿Son compañeros de clase?

—No lo creo. No sé muy bien a qué se dedica.

Volodia se alegró. Adoraba a su hermana, pero sabía que no era guapa. Era baja y regordeta, y vestía ropa poco favorecedora de colores oscuros. No había tenido muchos novios, y el hecho de que alguno lo atrajera lo suficiente como para presentarlo en casa era una grata noticia.

Se dirigió a su dormitorio, se despojó de la chaqueta y se lavó la cara y las manos. Sus labios casi habían recuperado el aspecto normal. Markus no le había pegado muy fuerte. Mientras se secaba las manos oyó voces, por lo que dedujo que Ania y su amigo debían de haber llegado.

Se puso una chaqueta de punto para estar más cómodo y salió del dormitorio. Luego entró en la cocina. Ania se encontraba sentada a la mesa con un hombre bajito con cara de ratón que Volodia reconoció.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡Tú!

Era Iliá Dvorkin, el agente del NKVD que había detenido a Irina. Se había quitado el disfraz y llevaba un traje convencional de color oscuro y unas botas decentes. Se quedó mirando a Volodia, sorprendido.

—Claro... ¡Peshkov! —dijo—. No había atado cabos.

Volodia se volvió hacia su hermana.

—No me digas que este es tu novio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ania, consternada.

—Nos hemos conocido esta mañana. —respondió Volodia—. Este hombre ha echado a perder una importante operación del ejército por meter las narices donde no debía.

—Estaba haciendo mi trabajo —protestó Dvorkin, que se limpió la punta de la nariz con la manga.

—¡Menudo trabajo!

Katerina intervino para salvar la situación.

—No mezcléis el trabajo con la familia —dijo—. Volodia, por favor, sirve un vaso de vodka a nuestro invitado.

—¿Lo dices en serio?

Los ojos de su madre destellaban de ira.

—¡Pues claro que lo digo en serio!

—Muy bien. —Cogió la botella de la repisa con desgana. Ania sacó vasos de un armario y Volodia sirvió la bebida.

Katerina tomó un vaso.

—A ver, empezaremos de nuevo —dijo—. Iliá, este es mi hijo Vla-

dímir, a quien siempre llamamos Volodia. Volodia, este es Ilia, un amigo de Ania que ha venido a cenar. ¿Por qué no os dais la mano?

Volodia no tuvo más remedio que estrecharle la mano al hombre.

Katerina sirvió algunas cosas para picar: pescado ahumado, pepinillos en vinagre y salchicha cortada en rodajas.

—En verano comemos lechuga de la que tengo plantada en la dacha, pero en esta época del año no hay ninguna, por supuesto —dijo en tono de disculpa.

Volodia se dio cuenta de que deseaba impresionar a Ilia. ¿De verdad su madre quería que Ania se casara con semejante rastrero? Supuso que así era.

Grigori entró ataviado con su uniforme del ejército, prodigando sonrisas a la vez que olisqueaba el pollo y se frotaba las manos. A sus cuarenta y ocho años, era un hombre corpulento y de rostro rubicundo: costaba imaginarlo tomando por asalto el Palacio de Invierno, tal como había hecho en 1917. Seguramente entonces estaba más delgado.

Besó a su esposa con deleite. Volodia tenía la impresión de que su madre agradecía las descaradas muestras de voluptuosidad por parte de su padre aunque no le correspondía por igual. Le sonreía cuando él le daba palmaditas en el trasero, lo atraía hacia sí cuando la abrazaba y lo besaba siempre que él quería, pero nunca tomaba la iniciativa. Lo encontraba atractivo, lo respetaba y parecía feliz casada con él; no obstante, saltaba a la vista que no ardía de pasión. Volodia pensó que él esperaba más del matrimonio.

Sin embargo, la cuestión no iba más allá del plano meramente hipotético: Volodia había tenido aproximadamente una docena de noviazgos cortos; no obstante, todavía no había conocido a una mujer con quien deseara casarse.

Sirvió un poco de vodka a su padre, y Grigori se lo bebió con ansia de un solo trago antes de tomar un poco de pescado ahumado.

—Así, Ilia, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en el NKVD —respondió Ilia, orgulloso.

—¡Ah! ¡Es magnífico trabajar para esa organización!

Volodia sospechaba que, en realidad, Grigori no pensaba eso; solo trataba de ser amable. En su opinión, la familia debería comportarse con antipatía para tratar de ahuyentar a Ilia.

—Supongo, padre, que cuando el resto del mundo imite a la Unión Soviética y adopte el sistema comunista, la policía secreta dejará de ser necesaria, y entonces el NKVD podría suprimirse.

Grigori optó por pasar de puntillas sobre el asunto.

—¡Nada de policía! —exclamó con jovialidad—. Nada de juicios criminales, nada de prisiones. Nada de departamentos de contraespionaje, puesto que no habrá espías. ¡Tampoco habrá ejército, puesto que no tendremos enemigos! ¿A qué nos dedicaremos entonces? —Se echó a reír con ganas—. Claro que es posible que todavía falte un poquito de tiempo para eso.

Ilia parecía receloso, como si notara que el discurso tenía algo de subversivo pero no acabara de captar qué era.

Katerina llevó a la mesa un plato con pan negro y cinco cuencos de borsch caliente, y todos empezaron a comer.

—Cuando era niño y vivía en el campo —empezó Grigori—, mi madre se pasaba todo el invierno guardando la piel de las verduras, el corazón de las manzanas, las hojas de la col que no nos comíamos, los filamentos de las cebollas y todo de cosas así; lo dejaba en un barril grande y viejo en el exterior de la casa para que se helara. Luego, cuando llegaba la primavera, la nieve se derretía y con eso preparaba borsch. Eso es el borsch en realidad: sopa de mondaduras. Vosotros, los jóvenes, no tenéis ni idea de lo bien que vivís.

Llamaron a la puerta. Grigori arrugó la frente, no esperaba visitas.

—¡Uy, se me olvidaba! —exclamó Katerina—. También viene la hija de Konstantín.

—¿Te refieres a Zoya Vorotsintsev? ¿La hija de Magda la comadrona?

—Recuerdo a Zoya —dijo Volodia—. Una niña flacucha con tirabuzones rubios.

—Ya no es ninguna niña —observó Katerina—. Tiene veinticuatro años y es científica. —Se levantó para dirigirse a la puerta.

Grigori frunció el entrecejo.

—No hemos vuelto a verla desde que murió su madre. ¿A qué viene esta visita repentina?

—Quiere hablar contigo —respondió Katerina.

—¿Conmigo? ¿De qué?

—De física. —Katerina salió de la cocina.

—Su padre, Konstantín, y yo fuimos delegados del Sóviet de Petrogrado en 1917. Promulgamos la famosa «Orden Número Uno». —Se le ensombreció el rostro—. Murió después de la guerra civil, por desgracia.

—Debía de ser joven... ¿De qué murió? —preguntó Volodia.

Grigori echó un vistazo disimulado a Ilia y se apresuró a apartar la mirada.

—De neumonía —dijo, y Volodia comprendió que estaba mintiendo.

Katerina regresó, seguida de una mujer que dejó a Volodia sin respiración.

Era una clásica belleza rusa, alta y delgada, con el pelo rubio claro, los ojos de un azul casi incoloro de tan pálido y un cutis blanco e impecable. Llevaba un sencillo vestido verde Nilo cuya sobriedad obligaba a concentrar toda la atención en su esbelta figura.

Le presentaron a todos los comensales; luego se sentó a la mesa y aceptó un cuenco de borsch.

—Así que eres científica, Zoya —dijo Grigori.

—Soy licenciada; ahora estoy cursando el doctorado e imparto clases en la universidad —aclaró ella.

—Aquí, Volodia, trabaja en los servicios secretos del Ejército Rojo —explicó Grigori con orgullo.

—Qué interesante —respondió la chica, aunque era evidente que quería decir lo contrario.

Volodia se percató de que Grigori veía en Zoya a una posible nueva. Esperaba que su padre no fuera demasiado insistente con las indirectas. Ya había decidido pedirle una cita antes de que terminara la velada, pero podía arreglárselas solo. No necesitaba la ayuda de su padre. Al contrario: si alardeaba de forma demasiado evidente podría disuadirla.

—¿Qué tal está la sopa? —preguntó Katerina a Zoya.

—Deliciosa, gracias.

Volodia empezaba a captar la personalidad pragmática que se ocultaba tras su físico espléndido. Era una combinación fascinante: una mujer guapa que no hacía ningún esfuerzo por mostrarse encantadora.

Ania retiró los cuencos de sopa mientras Katerina llevaba el segundo plato: pollo con patatas a la cazuela. Zoya se lanzó al ataque; se llenaba la boca de comida, masticaba, tragaba y comía más. Como la mayoría de los rusos, no solía probar comida tan rica como aquella.

—¿A qué te dedicas dentro del mundo científico, Zoya? —preguntó Volodia.

Obviamente contrariada, ella dejó de comer para responderle.

—Soy física —dijo—. Intentamos analizar el átomo: cuáles son sus componentes y qué los mantiene juntos.

—¿Es interesante?

—Absolutamente fascinante. —Dejó el tenedor—. Trabajamos para descubrir de qué está hecho el universo en realidad. No hay nada más emocionante. —Sus ojos se iluminaron. Al parecer, la física era lo único capaz de desviar su atención de la cena.

Ilia habló por primera vez.

—Ya, pero ¿de qué sirven todas esas monsergas teóricas a la revolución?

Los ojos de Zoya centelleaban de ira, y a Volodia aún le gustaron más.

—Algunos camaradas cometen el error de subestimar la ciencia pura en favor de la investigación práctica —dijo—. Sin embargo, los adelantos técnicos, como por ejemplo los aeronáuticos, dependen en última instancia de los avances teóricos.

Volodia disimuló una sonrisa. Una simple conversación informal había dejado a Ilia como un trapo.

Pero Zoya no había terminado.

—Por eso quería hablar con usted, señor —dijo dirigiéndose a Grigori—. Los físicos leemos las revistas científicas que se publican en Occidente; los muy tontos revelan sus resultados al mundo entero. Y, últimamente, hemos observado que están dando pasos de gigante en la comprensión de la física atómica, lo cual resulta alarmante. La ciencia soviética corre un grave peligro de quedar rezagada. Me pregunto si el camarada Stalin es consciente de eso.

La sala quedó en silencio. El mínimo amago de crítica contra Stalin resultaba peligroso.

—Lo sabe casi todo —dijo Grigori.

—Por supuesto —convino Zoya de forma automática—. Pero seguramente algunas veces los camaradas leales como usted tienen que hacerle reparar en cuestiones que son importantes.

—Sí, eso es verdad.

—Sin duda el camarada Stalin cree que la ciencia debe ser consecuente con la ideología marxista-leninista —opinó Ilia.

Volodia vislumbró un destello de desafío en los ojos de Zoya, pero esta bajó la mirada y añadió con humildad:

—No cabe duda de que tiene razón. Es evidente que los científicos tenemos que redoblar nuestros esfuerzos.

Aquello era una estupidez supina, y todos los presentes lo sabían, pero nadie pensaba decir nada al respecto. Debían comportarse con decoro.

—Claro —dijo Grigori—. No obstante, lo mencionaré la próxima vez que tenga la oportunidad de hablar con el camarada secretario general del partido. Es posible que quiera analizarlo más a fondo.

—Eso espero —dijo Zoya—. Queremos ir por delante de Occidente.

—Y, aparte del trabajo, ¿qué más nos cuentas, Zoya? —preguntó Grigori en tono jovial—. ¿Tienes novio? ¿Estás prometida tal vez?

—¡Papá! ¡Eso no es asunto nuestro! —se indignó Ania.

A Zoya no pareció importarle.

—No estoy prometida —respondió en tono moderado—. Y tampoco tengo novio.

—¡Te va igual de mal que a mi hijo, Volodia! Él también está soltero. Tiene veintitrés años y un buen nivel de estudios, es alto y guapo... ¡Y aun así no tiene novia!

Volodia se moría de vergüenza ante tan descarada indirecta.

—Cuesta creerlo —dijo Zoya, y cuando miró a Volodia este observó cierto brillo burlón en sus ojos.

Katerina posó la mano en el brazo de su marido.

—Ya está bien —dijo—. Deja de incomodar a la pobre chica.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Otra vez? —saltó Grigori.

—Ahora sí que no tengo ni idea de quién puede ser —dijo Katerina saliendo de la cocina.

Regresó con el jefe de Volodia, el comandante Lemítov.

Volodia, sobresaltado, se puso en pie de golpe.

—Buenas noches, señor —dijo—. Este es mi padre, Grigori Peshkov. Papá, te presento al comandante Lemítov.

Lemítov saludó con elegancia.

—Descanse, Lemítov —dijo Grigori—. Siéntese y pruebe el pollo. ¿Ha hecho algo malo mi hijo?

Esa era precisamente la sospecha que hacía que a Volodia le temblaran las manos.

—No, señor; más bien al contrario. Pero... esperaba poder hablar en privado con él y con usted.

Volodia se relajó un poco. Tal vez no estuviera en apuros, después de todo.

—Bueno, casi hemos acabado de cenar —dijo Grigori poniéndose en pie—. Vamos a mi despacho.

Lemítov miró a Ilia.

—¿Usted no trabaja en el NKVD? —preguntó.

—Y a mucha honra. Me llamo Dvorkin.

—¡Claro! Usted es quien ha intentado detener a Volodia esta tarde.

—Me parecía que se comportaba como un espía. Y tenía razón, ¿no?

—Tiene que aprender a detener a los espías enemigos, no a los nuestros. —Lemítov abandonó la sala.

Volodia sonrió. Era la segunda vez que Dvorkin se llevaba una reprimenda.

Volodia, Grigori y Lemítov cruzaron el recibidor. El despacho ocupaba una pequeña habitación apenas amueblada. Grigori se instaló en el único sillón que había. Lemítov se sentó junto a una mesita baja. Volodia cerró la puerta y se quedó de pie.

—¿Tu camarada padre tiene noticia del mensaje que hemos recibido esta tarde de Berlín? —preguntó Lemítov a Volodia.

—No, señor.

—Será mejor que se lo cuentes.

Volodia le explicó la historia de los espías de España. Su padre se mostró encantado.

—¡Buen trabajo! —exclamó—. Claro que podría tratarse de información falsa, pero lo dudo, los nazis no son tan imaginativos. Sin embargo, nosotros sí. Somos capaces de detener a espías y utilizar sus radios para enviar mensajes falsos a los rebeldes de derechas.

A Volodia no se le había ocurrido pensarlo. Tal vez su padre se hiciera el tonto con Zoya, pensó, pero seguía siendo muy perspicaz en lo relativo a los servicios secretos.

—Exacto —dijo Lemítov.

Grigori se dirigió a Volodia.

—Tu compañero de escuela, Werner, es un hombre con agallas. —Y le preguntó a Lemítov—: ¿Cómo piensa tratar el asunto?

—Necesitamos enviar buenos agentes a España para que investiguen a esos alemanes. No debería ser muy difícil. Si de verdad son espías, habrá pruebas: libros de códigos, equipos de radio y demás. —Vaciló—. He venido para proponerle que enviemos a su hijo.

Volodia se quedó estupefacto. Eso no se lo esperaba.

El semblante de Grigori se ensombreció.

—Vaya —empezó con aire pensativo—, debo confesar que la perspectiva me llena de consternación. Lo echaríamos mucho de menos. —Entonces adoptó una expresión resignada, como si se hubiera dado cuenta de que, en realidad, no tenía elección—. Pero lo primero es defender la revolución, por supuesto.

—Los agentes de los servicios secretos se forman con la práctica —dijo Lemítov—. Usted y yo hemos combatido, señor, pero la generación más joven nunca ha estado en el campo de batalla.

—Cierto, cierto. ¿Cuándo debería partir?

—Dentro de tres días.

Volodia se daba cuenta de que su padre estaba buscando desesperadamente alguna razón que lo retuviera en casa, pero no encontraba ninguna. Él, por su parte, se sentía emocionado. ¡España! Pensó en el vino tinto como la sangre, en las muchachas de pelo oscuro con las piernas fuertes y morenas, y en el cálido sol en lugar de la nieve de Moscú. Correría peligro, por supuesto, pero no se había alistado en el ejército para tener una vida segura.

—Bueno, Volodia, ¿qué dices tú? —preguntó Grigori.

Volodia sabía que su padre deseaba que pusiera alguna objeción, pero el único inconveniente que se le ocurría era que no tendría tiempo de conocer mejor a la deslumbrante Zoya.

—Es una oportunidad magnífica —dijo—. Me halaga que me hayan elegido.

—Muy bien —dijo su padre.

—Solo hay un pequeño problema —le advirtió Lemítov—. Se ha estipulado que los servicios secretos del ejército se ocupen de la investigación pero que no lleven a cabo las detenciones. Eso es prerrogativa del NKVD. —No había el menor atisbo de humor en su sonrisa—. Me temo que te tocará trabajar junto con tu amigo Dvorkin.

II

Era impresionante, pensó Lloyd Williams, lo rápido que se aprendía a amar un lugar. Solo llevaba diez meses en España, pero la pasión que ese país había despertado en él era casi tan fuerte como su apego por Gales. Adoraba ver una flor poco común abriendo los pétalos en medio del paisaje agostado; disfrutaba durmiendo la siesta; le gustaba el hecho de que se tomara vino aun cuando no hubiera nada de comer. Había descubierto sabores que no había probado hasta entonces: las olivas, el pimentón, el chorizo y el fuerte licor que llamaban orujo.

Se detuvo en una cuesta y, con un mapa en la mano, posó la mirada más allá del paisaje velado por la cálida neblina. Había unos cuan-

tos prados bordeando el río, y algunos árboles en las laderas distantes, pero en medio se extendía un desierto árido y monótono de polvo y piedras.

—No hay gran cosa para cubrir nuestro avance —observó con preocupación.

—Nos espera una batalla dura de narices —dijo Lenny Griffiths, a su lado.

Lloyd consultó el mapa. Zaragoza se extendía a ambas orillas del río Ebro, a más de doscientos kilómetros de la desembocadura en el Mediterráneo. La ciudad concentraba la mayor parte de las comunicaciones de la región de Aragón. Era una importante encrucijada, un lugar en el que confluían varias líneas ferroviarias y tres ríos. Allí, el ejército republicano combatía a los antidemócratas de Franco en una desértica tierra de nadie.

Algunas personas llamaban a las fuerzas del gobierno los «republicanos» y a los rebeldes, los «nacionales», pero esos nombres podían inducir a error a los extranjeros. En ambos bandos había muchos republicanos, en el sentido de que no querían ser gobernados por ningún rey. Y todos eran nacionales, en el sentido de que amaban su país y estaban dispuestos a morir por él. Lloyd los consideraba el gobierno y los sublevados.

En esos momentos, Zaragoza estaba ocupada por los sublevados de Franco, y Lloyd observaba la ciudad desde un mirador situado a ochenta kilómetros hacia el sur.

—Aun así, si logramos tomar la ciudad, el enemigo quedará retenido en el norte durante otro invierno —dijo.

—Si lo logramos —puntualizó Lenny.

El pronóstico era desalentador, pensó Lloyd con tristeza, puesto que solo podían aspirar, como máximo, a detener el avance de las tropas de Franco. Ese año el gobierno no preveía ninguna victoria.

Con todo, una parte de Lloyd aguardaba expectante el momento de la batalla. Llevaba en España diez meses, y esa sería su primera oportunidad de entrar en acción. Hasta el momento se había limitado a hacer de instructor en un campamento. Cuando, recién incorporado, los españoles descubrieron que había formado parte del Cuerpo de Instrucción de Oficiales de Gran Bretaña, enseguida lo ascendieron a teniente y lo pusieron al mando de los soldados recién reclutados. Él tenía que instruirlos hasta que obedecieran órdenes como si fuera un acto reflejo, tenía que obligarlos a marchar hasta que los pies dejaban

de sangrarles y las ampollas se tornaban callos, y también tenía que enseñarles a desmontar y limpiar los pocos fusiles que hubiera disponibles.

Sin embargo, la afluencia de voluntarios había disminuido y se recibían muy pocas solicitudes, por lo que los instructores habían sido trasladados a batallones de combate.

Lloyd iba ataviado con una boina, una cazadora con cremallera con el galón que indicaba su rango burdamente cosido en la manga y unos pantalones de pana. Llevaba un fusil español Mauser de cañón corto que disparaba proyectiles de 7 mm, al parecer robados de algún arsenal de la Guardia Civil.

Lloyd, Lenny y Dave habían pasado un tiempo separados, pero al final los reunieron en el batallón británico de la 15.^a Brigada Internacional para la batalla que se preparaba. Lenny lucía una barba negra y aparentaba diez años más de los diecisiete que tenía. Lo habían ascendido a sargento, aunque no tenía uniforme; tan solo llevaba unos pantalones azules de peto y un fular de rayas. Parecía más un pirata que un soldado.

—De todos modos, esta ofensiva no tiene nada que ver con retener a los de Franco. Es algo puramente político. Esta región siempre ha estado dominada por los anarquistas.

Lloyd había visto el anarquismo en acción durante una breve estancia en Barcelona. Era una forma alegremente radical de comunismo. Los oficiales y los soldados rasos percibían la misma paga. Los comedores de los grandes hoteles se habían convertido en cantinas para los obreros. Los camareros devolvían las propinas, explicando amablemente que la práctica de ofrecerlas resultaba degradante. Por todas partes había carteles denunciando la prostitución como una forma de explotar a las camaradas del sexo femenino. Se respiraba un maravilloso ambiente de liberación y compañerismo. Los rusos lo odiaban.

Lenny prosiguió.

—Ahora el gobierno ha traído tropas comunistas de la zona de Madrid y nos ha fusionado a todos para formar el nuevo Ejército del Este; bajo el mando general de los comunistas, claro.

Los discursos de ese tipo sacaban de quicio a Lloyd. La única posibilidad de ganar que tenían las facciones izquierdistas era operando juntas, tal como habían hecho, por lo menos al final, en la batalla de Cable Street. Sin embargo, los anarquistas y los comunistas se habían enfrentado en las calles de Barcelona.

—El primer ministro Negrín no es comunista —dijo.

—Pues se comporta como si lo fuera.

—Lo que pasa es que sabe que sin el apoyo de la Unión Soviética estamos acabados.

—Pero ¿significa eso que debemos abandonar la democracia y dejar que los comunistas se hagan con el poder?

Lloyd asintió. Todas las conversaciones sobre el gobierno terminaban igual: ¿tenemos que hacer todo lo que los soviéticos quieran solo porque son los únicos dispuestos a vendernos armas?

Descendieron por el collado.

—Vamos a tomarnos una buena taza de té, ¿te parece?

—Sí, por favor. Para mí, dos terrones de azúcar.

Era una broma consabida. Todos ellos llevaban meses sin probar el té.

Llegaron a su campamento, situado junto al río. La sección de Lenny se había instalado en un pequeño grupo de edificios de piedra tosca que probablemente habían servido de establos antes de que la guerra ahuyentara a los granjeros. Unos cuantos kilómetros río arriba, los alemanes de la 11.^a Brigada Internacional habían ocupado un cobertizo para guardar barcas.

Dave Williams, el primo de Lloyd, acudió al encuentro de este y de Lenny. Al igual que Lenny, Dave había madurado diez años en uno solo. Se le veía flaco y endurecido, tenía la piel curtida y cubierta de polvo, y en las comisuras de sus ojos aparecían arrugas cuando los entornaba ante el sol. Llevaba una guerrera y unos pantalones de color caqui, un cinturón de cuero con cartucheras y unas botas tobilleras que se ceñían a la pierna mediante hebillas, lo cual constituía el uniforme reglamentario del que pocos soldados disponían al completo. También lucía un fular de algodón rojo alrededor del cuello. Llevaba un fusil ruso Moisin-Nagant con la anticuada bayoneta de pincho colocada al revés, lo cual confería al arma un aspecto menos tosco. Colgada del cinturón llevaba una Luger alemana de 9 mm que debía de haber robado al cadáver de un oficial rebelde. Al parecer, tenía muy buena puntería con el fusil y la pistola.

—Tenemos visita —dijo con entusiasmo.

—¿Quién es?

—¡Una mujer! —exclamó Dave, y la señaló.

A la sombra de un informe álamo negro, una decena de soldados británicos y alemanes conversaban con una mujer de extraordinaria belleza.

—*Dww!* —exclamó Lenny, utilizando la palabra galesa que designaba a Dios—. Qué regalo para la vista.

Aparentaba unos veinticinco años, pensó Lloyd, y era menuda, con los ojos grandes y una gruesa mata de pelo negro recogida en la coronilla y cubierta por un gorro de cuartel. Por algún motivo, el amplio uniforme dibujaba sus formas cual vestido de noche.

Un voluntario llamado Heinz, que sabía que Lloyd comprendía el alemán, se dirigió a él en ese idioma.

—Esta es Teresa, señor. Ha venido para enseñarnos a leer.

Lloyd asintió. Las Brigadas Internacionales estaban formadas por voluntarios extranjeros además de por soldados españoles, y entre estos últimos la alfabetización era un problema. Habían pasado la infancia recitando el catecismo en escuelas rurales dirigidas por la Iglesia católica. Muchos párrocos evitaban enseñar a leer a los niños, por miedo a que más adelante tuvieran acceso a libros socialistas. Como resultado, solo la mitad de la población estaba alfabetizada durante la monarquía. El gobierno republicano, elegido en 1931, había mejorado la educación; aun así, millones de españoles seguían sin saber leer ni escribir, y los soldados continuaban recibiendo formación incluso en el frente.

—Soy analfabeto —dijo Dave, que no lo era.

—Yo también —dijo Joe Eli, que impartía clases de literatura española en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

Teresa habló en español. Su voz era queda, pausada y muy sugerente.

—¿Cuántas veces creen que he oído esa broma? —dijo, pero no parecía muy molesta.

Lenny se acercó más.

—Soy el sargento Griffiths —se presentó—. Haré todo cuanto esté en mis manos para ayudarla, por supuesto. —Su mensaje era de carácter práctico, pero el tono de voz hizo que pareciera una proposición amorosa.

Ella lo obsequió con una sonrisa deslumbrante.

—Eso me será de gran ayuda —dijo.

Lloyd se dirigió a ella formalmente con su mejor español.

—Me alegro mucho de tenerla aquí, señorita. —Había pasado la mayor parte de los últimos diez meses estudiando el idioma—. Soy el teniente Williams. Puedo decirle con exactitud qué miembros del grupo necesitan recibir clases... y cuáles no.

Lenny prosiguió en tono displicente.

—Pero el teniente tiene que partir hacia Bujaraloz para recibir nuestras órdenes. —Bujaraloz era la pequeña población donde las fuerzas del gobierno habían establecido su cuartel general—. Tal vez usted y yo podríamos ir a echar un vistazo y buscar un lugar apropiado para las clases. —Bien podía estar proponiéndole un paseo a la luz de la luna.

Lloyd sonrió y asintió para mostrar su conformidad. No le importaba en absoluto que Lenny flirteara con Teresa, él no estaba de humor para romances y Lenny ya parecía enamorado. En opinión de Lloyd, las posibilidades de Lenny eran más bien nulas. Teresa era una muchacha de veinticinco años con estudios que probablemente recibía una decena de proposiciones a diario, mientras que Lenny era un minero del carbón de diecisiete años que llevaba un mes entero sin bañarse. Aun así, no dijo nada: Teresa daba la impresión de saber cuidar de sí misma.

Apareció una nueva figura, un hombre de la edad de Lloyd que le resultaba vagamente familiar. Iba mejor vestido que los soldados, con unos pantalones de montar de lana y una camisa de algodón, y llevaba una pistola en una funda con botón. Tenía el pelo tan corto que parecía haberse rapado hacía poco, un estilo habitual en los rusos. No pasaba de teniente, pero desprendía un aire de autoridad; de poder, incluso. Habló en un alemán fluido.

—Estoy buscando al teniente García.

—No está aquí —respondió Lloyd en el mismo idioma—. ¿De qué nos conocemos usted y yo?

El ruso pareció asombrado y molesto al mismo tiempo, como quien acaba de encontrarse una serpiente en el petate.

—No nos conocemos —respondió con firmeza—. Se confunde.

Lloyd chasqueó los dedos.

—Berlín —dijo—. 1933. Nos atacaron los camisas pardas.

Una fugaz expresión de alivio surcó el rostro del hombre, como si esperara algo peor.

—Sí, estuve allí —dijo—. Me llamo Vladímir Peshkov.

—Pero le llamábamos Volodia.

—Sí.

—Allí, en Berlín, estaba con un muchacho llamado Werner Franck.

Por un momento, Volodia se alarmó, pero hizo un esfuerzo y disimuló sus emociones.

—No conozco a nadie con ese nombre.

Lloyd decidió no insistir. Comprendía por qué Volodia estaba a la defensiva. Los rusos temían tanto como los demás a su policía secreta, el NKVD, que estaba actuando en España y tenía fama de ser muy represiva. Para ellos, cualquier ruso que mostrara amabilidad con los extraños podía ser un traidor.

—Soy Lloyd Williams.

—Le recuerdo. —Volodia lo observó con una mirada penetrante de sus ojos azules—. Qué raro resulta que volvamos a encontrarnos aquí.

—En realidad, no tanto —opinó Lloyd—. Luchamos contra los fascistas siempre que tenemos la oportunidad.

—¿Podemos hablar en privado?

—Por supuesto.

Se alejaron unos cuantos metros de los demás.

—Hay un infiltrado en la sección de García —dijo Peshkov.

Lloyd se quedó anonadado.

—¿Un espía? ¿Quién?

—Un alemán llamado Heinz Bauer.

—Vaya, es ese de la camisa roja. ¿Es un espía? ¿Está seguro?

Peshkov no se molestó en responder a la pregunta.

—Quiero que lo mande llamar a su barracón, si lo tiene, o a cualquier otro lugar privado.

Peshkov miró su reloj de pulsera.

—Dentro de una hora vendrá a llevárselo una unidad de arrestos.

—Utilizo ese establo como despacho —dijo Lloyd, señalándolo—. Pero tengo que hablar de esto con mi comandante. —Su comandante era comunista, y era poco probable que interfiriera, pero Lloyd necesitaba tiempo para pensar.

—Como quiera. —Era obvio que a Volodia le traía sin cuidado lo que opinara el comandante de Lloyd—. Quiero que se lleven al espía con discreción, sin armar ningún escándalo. Ya he explicado a la unidad de arrestos que es sumamente importante que actúen con tino. —Se expresaba como si no estuviera seguro de que sus órdenes fueran a obedecerse—. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—¿Por qué? —preguntó Lloyd, pero antes de que Volodia pudiera responder, dedujo la respuesta—. Tiene intenciones de convertirlo en un espía doble, para que envíe información falsa al enemigo. Pero si hay demasiada gente que sepa que lo han descubierto, otros espías

podrían alertar a los rebeldes, y entonces no darían crédito a la información.

—Es mejor no especular sobre esos temas —dijo Peshkov con gravedad—. Venga, vamos a su barracón.

—Espere un momento —lo atajó Lloyd—. ¿Cómo sabe que es un espía?

—No puedo decírselo sin poner en peligro la seguridad.

—Esa explicación resulta un tanto deficiente.

Peshkov parecía exasperado. Era obvio que no estaba acostumbrado a que le dijeran que sus explicaciones eran deficientes. El hecho de que las órdenes se pusieran en entredicho era una de las cosas que más detestaban los rusos de la guerra civil española.

Antes de que Peshkov pudiera añadir algo más, otros dos hombres se acercaron al grupo que aguardaba bajo el árbol. Uno de los recién llegados llevaba una chaqueta de cuero a pesar de la elevada temperatura. El otro, que daba la impresión de estar al mando, era de constitución esquelética y tenía la nariz larga y la barbilla hundida.

Peshkov soltó una exclamación airada.

—¡Demasiado pronto! —dijo, y luego pronunció algo en ruso con tono indignado.

El hombre esquelético hizo un ademán desdeñoso. Con un español tosco, preguntó:

—¿Quién es Heinz Bauer?

Nadie respondió. El hombre esquelético se limpió la punta de la nariz con la manga.

Heinz hizo un movimiento. No huyó de inmediato, sino que chocó contra el hombre de la chaqueta de piel y lo tiró al suelo. Entonces echó a correr; pero el hombre esquelético le puso la zancadilla.

Heinz sufrió una buena caída y resbaló por la tierra árida. Se quedó aturdido; tan solo fueron unos instantes, pero aun así duraron demasiado. Mientras se ponía de rodillas, los dos hombres se abalanzaron sobre él y volvieron a derribarlo.

Permaneció inmóvil. No obstante, los hombres empezaron a agredirle. Sacaron sendos garrotes de madera y, cada uno por un lado, le golpearon en la cabeza y el cuerpo por turnos, levantando los brazos por encima de la cabeza y luego bajándolos de golpe, como si interpretaran los movimientos de una danza macabra. Al cabo de pocos segundos el rostro de Heinz había quedado ensangrentado por com-

pleto. Trató de escapar con desesperación, pero cuando logró ponerse de rodillas volvieron a derribarlo. Entonces se ovilló, gimoteando. Era obvio que estaba acabado, pero los dos agresores no habían terminado con él. Siguieron propinándole un porrazo tras otro al pobre hombre.

Lloyd se descubrió protestando a voz en grito mientras tiraba del hombre esquelético. Lenny hizo lo propio con el otro individuo. Lloyd rodeó a su presa fuertemente con los brazos y la levantó del suelo; Lenny derribó a la suya. Entonces Lloyd oyó a Volodia decir en inglés:

—¡Quietos, o disparo!

Lloyd soltó a su hombre y se dio la vuelta sin dar crédito a lo que oía. Volodia había desenfundado el revólver, un Nagant ruso M1895 corriente, y lo montó.

—En cualquier ejército del mundo, amenazar a un oficial con un arma es motivo suficiente para formar un consejo de guerra —dijo Lloyd—. Está en un grave aprieto, Volodia.

—No sea estúpido —repuso Volodia—. ¿Cuándo fue la última vez que un ruso tuvo problemas en este ejército? —No obstante, bajó el revólver.

El hombre de la chaqueta de cuero alzó el garrote como si fuera a golpear a Lenny, pero Volodia le gritó:

—¡Atrás, Berezovski!

Y el hombre obedeció.

Aparecieron otros soldados, guiados por el misterioso magnetismo que empuja a los hombres a una pelea, y en cuestión de segundos el número de ellos ascendía a veinte.

El hombre esquelético señaló a Lloyd con el dedo.

—¡Se ha inmiscuido en asuntos que no le conciernen! —dijo en un inglés de acento muy marcado.

Lloyd ayudó a Heinz a ponerse en pie. Gemía de dolor y estaba todo cubierto de sangre.

—¡No pueden presentarse aquí y empezar a propinar palizas! —dijo Lloyd al hombre esquelético—. ¿Dónde está su autorización?

—¡Este alemán es un espía trotskista-fascista! —soltó el hombre a voz en cuello.

—Cállese, Ilia —le espetó Volodia.

Ilia no le hizo caso.

—¡Ha estado fotografiando documentos! —exclamó.

—¿Dónde están las pruebas? —preguntó Lloyd con serenidad. Era evidente que Ilia no lo sabía, o le traía sin cuidado. Pero Volodia suspiró.

—Registre su petate —dijo.

Lloyd señaló con la cabeza a Mario Rivera, un cabo.

—Ve a comprobarlo —le ordenó.

El cabo Rivera corrió hacia el cobertizo y entró en él.

Sin embargo, Lloyd tenía el terrible presentimiento de que Volodia decía la verdad.

—Aunque tenga razón, Ilia, podría ser un poco más cortés —dijo.

—¿Cortés? —saltó Ilia—. Esto es la guerra, no la ceremonia inglesa del té.

—Le evitaría conflictos innecesarios.

Ilia pronunció unas palabras despectivas en ruso.

Rivera salió del cobertizo con una pequeña cámara fotográfica de aspecto sofisticado y un montón de documentos oficiales. Se los mostró a Lloyd. El de encima de todo era una orden general del día anterior para el despliegue de las tropas antes del inminente ataque. La hoja tenía una mancha de vino que a Lloyd le resultaba familiar, y le impactó descubrir que se trataba de su propio documento y que debían de haberlo hurtado de su barracón.

Miró a Heinz, y este se puso firme, hizo el saludo fascista y exclamó: —*Heil Hitler!*

Ilia adoptó una expresión triunfal.

—Bien, Ilia, acaba de echar a perder la posibilidad de que el prisionero se convierta en un agente doble —dijo Volodia—. Otro golpe maestro del NKVD. Felicidades. —Y se alejó.

III

Lloyd entró en combate por primera vez el martes 24 de agosto.

Su bando, el gobierno republicano elegido por el pueblo, tenía ochenta mil hombres. Los rebeldes antidemócratas solo ascendían a la mitad. El gobierno también contaba con doscientos aviones frente a los quince de los rebeldes.

Para sacar el máximo partido a su superioridad numérica, los republicanos avanzaron con un frente amplio, formando una línea norte-

sur de noventa y seis kilómetros de longitud, por lo que los rebeldes no podían concentrar su limitado número de hombres.

El plan era acertado; entonces, se preguntó Lloyd dos días más tarde, ¿por qué no funcionaba?

Las cosas habían empezado bastante bien. El primer día, el bando republicano había tomado dos poblaciones situadas al norte de Zaragoza y dos más situadas al sur. El grupo de Lloyd, emplazado en el sur, había vencido una fuerte resistencia para ocupar una población llamada Codo. El único fallo había tenido lugar en el avance central subiendo por el valle del río, que había llegado a un punto muerto en el municipio de Fuentes del Ebro.

Antes de la batalla, Lloyd tenía miedo y había pasado la noche en blanco imaginando cómo se desarrollarían los acontecimientos, tal como a veces hacía antes de un combate de boxeo. No obstante, una vez iniciada, estaba demasiado ocupado para preocuparse. El peor momento fue el avance a través de la maleza estéril sin más protección que los arbustos raquíticos, mientras los nacionales disparaban desde el interior de edificios de piedra. Pero, incluso entonces, lo que había sentido no era miedo sino una especie de imperiosa agudización del ingenio que lo impulsaba a correr en zigzag, a arrastrarse y rodar por el suelo cuando las balas pasaban demasiado cerca; y, luego, a levantarse y echar a correr, doblarse por la mitad y avanzar unos cuantos kilómetros más. El principal problema era la escasez de municiones: tenían que obtener provecho de cada disparo. Tomaron Codo gracias a su superioridad numérica, y Lloyd, Lenny y Dave terminaron el día ilesos.

Los nacionales eran fuertes y valerosos; claro que las fuerzas republicanas también lo eran. Las brigadas extranjeras estaban compuestas por voluntarios idealistas que habían acudido a España sabiendo que tal vez tendrían que sacrificar su vida. A menudo los elegían como punta de lanza de los ataques debido a su reputado coraje.

La ofensiva empezó a torcerse durante el segundo día. Las fuerzas del norte habían mantenido la posición, sin atreverse a avanzar debido a la falta de información sobre las defensas de los rebeldes, lo cual a Lloyd le pareció una excusa barata. El grupo central seguía sin poder tomar Fuentes del Ebro, a pesar de haber recibido refuerzos durante el tercer día, y a Lloyd le horrorizó oír que habían perdido casi todos los carros de combate ante el devastador fuego defensivo. El grupo del sur, el de Lloyd, en lugar de forzar el avance, recibió órdenes de desviarse hacia la población ribereña de Quinto. De nuevo tuvieron que vencer a grupos

tenaces de soldados nacionales combatiendo casa por casa. Cuando el enemigo se rindió, el grupo de Lloyd hizo un millar de prisioneros.

En ese momento, Lloyd estaba sentado a la luz del atardecer en el exterior de una iglesia destruida por el fuego de artillería, rodeado del polvo que desprendían los escombros de las casas y de los cuerpos extrañamente inmóviles de los muertos recientes. Un grupo de hombres exhaustos se reunió en torno a él: Lenny, Dave, Joe Eli, el cabo Rivera y un galés llamado Muggsy Morgan. En España había tantos galeses que alguien inventó una rima burlesca que jugaba con la similitud de sus nombres:

*Había un soldadito llamado Price
y otro soldadito llamado Price
y un soldadito llamado Roberts
y un soldadito llamado Roberts
y otro soldadito llamado Price.*

Los hombres fumaban en silencio, a la espera de descubrir si esa noche les tocaría cenar. Se encontraban demasiado cansados incluso para bromear con Teresa, que continuaba allí, algo fuera de lo habitual, puesto que el transporte que debía llevarla a zona de retaguardia no apareció. De vez en cuando, oían una ráfaga de disparos procedentes de los combates que se estaban librando para eliminar los últimos puntos de resistencia, a pocas calles de distancia.

—¿Qué hemos ganado? —preguntó Lloyd a Dave—. Hemos ahorrado las municiones, hemos perdido a muchos hombres, y aun así no hemos conseguido avanzar. Peor todavía, hemos dado tiempo a los fascistas para que reciban refuerzos.

—Yo te diré para qué cojones ha servido —dijo Dave con su acento del East End. Su espíritu se había curtido más aún que su cuerpo, y se había vuelto cínico y desdeñoso—. Nuestros oficiales tienen más miedo de los comisarios políticos que del puto enemigo. Con la menor excusa podrían tacharlos de espías trotskistas-fascistas y torturarlos hasta la muerte, y por eso les aterra asomar demasiado la cabeza. Prefieren quedarse sentados antes que moverse, no harán nada por iniciativa propia, y menos asumir riesgos. Me apuesto algo a que ni siquiera cagan si no reciben la orden por escrito.

Lloyd se preguntó si el irrespetuoso razonamiento de Dave era acertado. Los comunistas no paraban de hablar de la necesidad de dis-

poner de un ejército disciplinado con una cadena de mando bien definida. Se referían a un ejército que acatará las órdenes de los rusos, claro. Con todo, Lloyd comprendía sus motivos. Sin embargo, un exceso de disciplina podía acabar con el pensamiento crítico. ¿Era eso lo que no acababa de funcionar?

Lloyd prefería creer que no. A buen seguro los socialdemócratas, los comunistas y los anarquistas eran capaces de luchar por una causa común sin que ningún grupo tiranizara a los demás: todos odiaban el fascismo, y todos creían en una sociedad futura más justa para todo el mundo.

Se preguntó qué pensaba Lenny, pero Lenny estaba sentado junto a Teresa, hablándole en voz baja. Algo de lo que le dijo hizo que ella soltara una risita, y Lloyd dedujo que lo suyo debía de estar progresando. Si conseguías que una chica se riera, era una buena señal. Entonces ella le tocó el brazo, le dirigió unas palabras y se levantó.

—Vuelve pronto —dijo Lenny.

Ella se volvió y le sonrió.

Qué afortunado era Lenny, pensó Lloyd, pero no sentía ninguna envidia. No le atraían los romances pasajeros; no les veía la gracia. Suponía que él era un hombre de los de todo o nada. La única muchacha a quien había amado de verdad era Daisy, por entonces esposa de Boy Fitzherbert, y Lloyd todavía no había conocido a otra muchacha que ocupara ese lugar en su corazón. Algún día la conocería, estaba seguro; pero, mientras tanto, no le seducían las sustitutas temporales, aunque fueran tan fascinantes como Teresa.

—Ahí están los rusos —dijo alguien.

Quien había hablado era Jasper Johnson, un electricista de raza negra procedente de Chicago. Lloyd levantó la cabeza y vio aproximadamente a una decena de asesores militares que atravesaban la población como si fueran conquistadores. Los rusos se distinguían por sus guerreras de cuero y sus fundas de pistola abotonadas.

—Qué raro, no los he visto mientras luchábamos —prosiguió Jasper con ironía—. Debían de estar en otra zona del campo de batalla.

Lloyd miró alrededor para asegurarse de que no había cerca ningún comisario político que pudiera oír la charla subversiva.

Cuando los rusos cruzaron el camposanto de la iglesia en ruinas, Lloyd divisó a Ilia Dvorkin, el taimado agente de la policía secreta con quien había discutido hacía una semana. El ruso se topó con Teresa y se detuvo a hablar con ella. Lloyd oyó que le decía algo sobre la cena con su pobre español.

Ella le respondió, él volvió a hablarle y ella negó con la cabeza, obviamente rehusando su proposición. Se volvió para seguir su camino, pero él la agarró del brazo y la retuvo.

Lloyd vio enderezarse a Lenny, atento a la imagen de las dos figuras encuadradas por un arco de piedra que había dejado de servir de entrada.

—Mierda —exclamó Lloyd.

Teresa trató de alejarse de nuevo, pero Ilia pareció agarrarla con más fuerza.

Lenny se dispuso a ponerse en pie, pero Lloyd le posó la mano en el hombro y lo mantuvo sentado.

—Deja que me ocupe yo —dijo.

Dave musitó una advertencia.

—Cuidado, compañero; es del NKVD. Más vale no mezclarse con esos putos malnacidos.

Lloyd se acercó a Teresa e Ilia.

El ruso lo vio y le dijo en español:

—Piérdase.

—Hola, Teresa —saludó Lloyd.

—Puedo arreglármelas sola, no se preocupe —respondió ella.

Ilia miró a Lloyd con mayor atención.

—Yo a usted lo conozco —dijo—. La semana pasada quiso impedirme que detuviera a un peligroso espía trotskista-fascista.

—¿Y esta joven también es una peligrosa espía trotskista-fascista? —le espetó Lloyd—. Me ha parecido oír que la invitaba a cenar.

Entonces apareció Berezovski, el adláter de Ilia, y se situó peligrosamente cerca de Lloyd.

Con el rabillo del ojo, Lloyd observó que Dave extraía la Luger de su funda.

La situación empezaba a salirse de madre.

—He venido a decirle, señorita, que el coronel Bobrov quiere que acuda de inmediato a su cuartel. Por favor, sígame y yo la acompañaré hasta allí —dijo Lloyd.

Bobrov era un «asesor» militar ruso de alto rango. No había hecho llamar a Teresa, pero la historia era verosímil, Ilia no sabía que se trataba de una mentira.

Transcurrieron unos instantes de desconcierto en los que Lloyd no sabía qué iba a ocurrir. Entonces se oyó un disparo cercano, tal vez procedente de la calle contigua, que pareció devolver a los rusos a la realidad. Teresa se apartó de Ilia de nuevo, y esa vez la dejó ir.

Ilia señaló a Lloyd con gesto pugnaz.

—Nos veremos las caras —dijo, y se alejó con un ademán teatral. Berezovski lo siguió con actitud servil.

—Maldito imbécil —espetó Dave.

Ilia fingió no haberlo oído.

Todos se sentaron.

—Te has buscado un enemigo peligroso, Lloyd —dijo Dave.

—No tenía muchas opciones.

—Sea como sea, a partir de ahora guárdate las espaldas.

—Solo ha sido una disputa por una chica —dijo Lloyd quitándole importancia—. Ocurre miles de veces a diario.

Al caer la noche, una campanilla los convocó a la cocina de campaña. Lloyd recibió un cuenco de carne estofada cortada muy fina, un pedazo de pan duro y un gran vaso de vino tinto tan fuerte que tuvo la impresión de que le iba a corroer el esmalte de los dientes. Mojó el pan en el vino, lo cual mejoró el sabor de ambas cosas.

Cuando se hubo terminado la comida, seguía teniendo hambre, como de costumbre.

—Nos darán una buena taza de té, ¿verdad? —preguntó.

—Claro —respondió Lenny—. Dos terrones de azúcar para mí, por favor.

Desenrollaron las delgadas mantas y se prepararon para dormir. Lloyd fue a buscar una letrina, pero no encontró ninguna y orinó en un pequeño huerto a las afueras de la población. Había casi luna llena, y pudo observar las polvorientas hojas de los olivos que habían sobrevivido al fuego de artillería.

Mientras se abotonaba la bragueta oyó pasos. Se volvió despacio; demasiado despacio. Para cuando vio el rostro de Ilia, el garrote estaba a punto de golpearle la cabeza. Notó un dolor atroz y cayó al suelo. Medio mareado, miró hacia arriba. Berezovski lo apuntaba a la cabeza con un revólver de cañón corto. Ilia, apostado a su lado, dijo:

—No se mueva o es hombre muerto.

Lloyd estaba aterrado. Sacudió la cabeza con fuerza para aclararse las ideas. Qué situación tan absurda.

—¿Muerto? —preguntó con incredulidad—. ¿Y cómo justificarán el asesinato de un teniente?

—¿Asesinato? —dijo Ilia, y sonrió—. Esto es el frente. Le ha alcanzado una bala perdida. —Lo siguiente lo dijo en inglés—. Golpes del azar.

Lloyd reconoció con desesperanza que Ilia tenía razón. Cuando encontraran su cadáver, parecería que hubiera perdido la vida en la batalla.

Menuda forma de morir.

Ilia se dirigió a Berezovski.

—Acaba con él.

Se oyó un disparo.

Lloyd no notó nada. ¿Era eso la muerte? Entonces Berezovski se derrumbó y cayó al suelo. Al mismo tiempo, Lloyd se dio cuenta de que el disparo procedía de detrás y se volvió con incredulidad. A la luz de la luna vio a Dave empuñando la Luger robada, y lo invadió una gran sensación de alivio, como si fuera un maremoto. ¡Estaba vivo!

También Ilia había visto a Dave, y echó a correr como un conejo asustado.

Dave lo siguió con el arma unos segundos, y Lloyd deseó que disparara, pero Ilia, frenético, empezó a corretear entre los olivos como una rata en un laberinto hasta que desapareció en la oscuridad.

Dave bajó la pistola.

Lloyd miró a Berezovski. No respiraba.

—Gracias, Dave —dijo.

—Ya te había dicho que te guardaras las espaldas.

—Por suerte, me las has guardado tú. Lástima que no hayas podido acabar también con Ilia. Ahora el NKVD irá por ti.

—Me pregunto si Ilia querrá que la gente sepa que su compinche ha perdido la vida por su culpa, por haberlo metido en una pelea por una mujer —dijo Dave—. Hasta el NKVD tiene miedo del NKVD. Me parece que preferirá mantenerlo en secreto.

Lloyd volvió a mirar el cadáver.

—¿Cómo explicaremos esto?

—Ya has oído a ese tipo —respondió Dave—. Esto es el frente. No hay nada que explicar.

Lloyd asintió. Dave e Ilia tenían razón. Nadie preguntaría cómo había muerto Berezovski. Lo había alcanzado una bala perdida.

Dejaron el cadáver donde estaba y se alejaron.

—Golpes del azar —dijo Dave.

IV

Lloyd y Lenny hablaron con el coronel Bobrov y se quejaron de que el ataque a Zaragoza había llegado a un punto muerto.

Bobrov era un ruso mayor que ellos, con el pelo cano casi al rape, estaba a punto de jubilarse y era sumamente ortodoxo. En teoría, solo estaba allí para ayudar y aconsejar a los mandos españoles. En la práctica, los rusos eran quienes tenían la última palabra.

—Estamos perdiendo tiempo y energías en estas poblaciones pequeñas —dijo Lloyd, traduciendo al alemán lo que opinaban Lenny y los hombres experimentados—. Se supone que los tanques son puños blindados que deben utilizarse para la incursión profunda, para penetrar bien en territorio enemigo. La infantería debe ir detrás para limpiar el terreno y afianzar la operación una vez que se ha conseguido dispersar al enemigo.

Volodia se apostaba cerca, escuchando, y por su expresión parecía estar de acuerdo aunque no dijera nada.

—Los pequeños puntos fortificados como este pueblucho de mala muerte no deben retrasar el avance sino que debemos rodearlos y dejar que las fuerzas de segunda línea se ocupen de ellos —terminó Lloyd.

Bobrov parecía escandalizado.

—¡Esa es la teoría del desacreditado mariscal Tuchachevski! —espetó en voz muy baja. Era como si Lloyd hubiera pedido a un obispo que rezara a Buda.

—¿Y qué? —preguntó Lloyd.

—Confesó que era un traidor y un espía, y lo ejecutaron.

Lloyd se quedó mirándolo sin dar crédito.

—¿Me está diciendo que el gobierno de España no puede utilizar las modernas tácticas de los tanques porque en Moscú han purgado a un general?

—Teniente Williams, me está faltando al respeto.

—Aunque los cargos contra Tuchachevski sean ciertos, eso no implica que sus métodos no funcionen —repuso Lloyd.

—¡Ya está bien! —rugió Bobrov—. Esta conversación ha terminado.

Si Lloyd todavía albergaba alguna esperanza, debió de desvanecerse cuando hicieron retroceder a su batallón desde Quinto en otra maniobra indirecta. El 1 de septiembre participaron en la ofensiva de Belchite, una pequeña población con buenas defensas pero sin ningún valor estratégico, situada a cuarenta kilómetros de distancia de su objetivo.

La batalla también fue dura.

Unos siete mil soldados del bando nacional se encontraban bien parapetados en San Agustín, la mayor iglesia de la localidad, y en una cumbre cercana, con trincheras y albarradas. Lloyd y su sección alcanzaron las inmediaciones de la ciudad sin haber sufrido bajas, pero entonces fueron atacados con una violenta ráfaga de disparos procedentes de las ventanas y los tejados.

Al cabo de seis días seguían allí.

Los cadáveres exhalaban un olor fétido bajo el calor. Además de personas, también había animales muertos, pues el suministro de agua estaba cortado y el ganado moría de sed. Siempre que podían, los ingenieros apilaban los cadáveres, los rociaban con gasolina y les prendían fuego; pero el olor de los cuerpos humanos abrasándose era peor que la hediondez de la descomposición. Costaba respirar, y algunos hombres llevaban puesta la máscara antigás.

Los callejones que rodeaban la iglesia eran campos de exterminio. No obstante, Lloyd ideó una manera de avanzar sin salir al exterior. Lenny había encontrado unas herramientas en un taller y dos hombres se encontraban abriendo un agujero en la pared de la casa donde se refugiaban. Joe Eli utilizaba un pico, y el sudor perlaba su coronilla calva. El cabo Rivera, que llevaba una camisa de rayas rojas y negras, los colores de los anarquistas, empuñaba un mazo. La pared estaba construida con los delgados ladrillos color ocre propios del lugar, fijados de forma precaria con argamasa. Lenny dirigía la operación para asegurarse de que no derribaran la casa entera: como era minero, tenía cierta intuición acerca de la resistencia de una techumbre.

Cuando la abertura fue lo bastante grande para que un hombre pudiera pasar por ella, Lenny hizo una señal con la cabeza a Jasper, otro cabo. Jasper tomó una de las pocas granadas que le quedaban en la cartuchera, tiró de la anilla y la arrojó contra la casa vecina para evitar una posible emboscada. En cuanto explotó, Lloyd se coló por el agujero con el fusil a punto.

Se encontró en otra humilde morada española, con las paredes encaladas y el suelo de tierra compactada. Dentro no había nadie, ni vivo ni muerto.

Los treinta y cinco hombres que formaban su sección lo siguieron a través de la abertura y registraron el lugar a toda prisa para hacer salir a los posibles enemigos. La casa era pequeña y estaba desierta.

De esa forma, avanzaron despacio pero seguros por una serie de casas en dirección a la iglesia.

Estaban empezando a abrir el siguiente boquete pero, antes de lograrlo, un comandante llamado Márquez que había seguido su mismo recorrido a través de las aberturas en las paredes de las casas los obligó a detenerse.

—Olvídense de eso —dijo en inglés con acento español—. Vamos a asaltar la iglesia.

Lloyd se quedó helado. Aquello era un suicidio.

—¿Ha sido idea del coronel Bobrov? —preguntó.

—Sí —respondió el comandante Márquez sin pronunciarse al respecto—. Aguarden la señal: tres toques fuertes de silbato.

—¿Pueden traernos más munición? —preguntó Lloyd—. No tenemos suficiente, y menos para una acción semejante.

—No hay tiempo —dijo el comandante, y se marchó.

Lloyd estaba horrorizado. En los pocos días transcurridos desde que había entrado en combate había aprendido muchas cosas, y sabía que la única forma de asaltar una posición bien defendida era con la ayuda de una cortina de fuego de contención. De otro modo, los defensores acabarían acribillándolos.

Entre los hombres se respiraba un ambiente de rebelión.

—Es imposible —sentenció el cabo Rivera.

Lloyd era el responsable de mantenerles la moral alta.

—Nada de quejas, muchachos —dijo en tono jovial—. Todos sois voluntarios. ¿Acaso creáis que la guerra no era peligrosa? Si fuera algo seguro, vuestras hermanas podrían ocupar vuestro lugar.

Todos se echaron a reír, y la sensación de peligro pasó, por el momento.

Lloyd avanzó hacia la parte delantera de la casa, abrió un poco la puerta y asomó la cabeza por la rendija. El sol caía implacable sobre el estrecho callejón bordeado de casas y establecimientos comerciales. Los edificios y el suelo presentaban el mismo color pálido del pan sin terminar de cocer, a excepción de las zonas donde la artillería había abierto brechas que revelaban el color rojo de la tierra. Justo al otro lado de la puerta yacía un miliciano muerto y una nube de moscas se estaban dando un festín en el agujero de bala de su pecho. Al mirar hacia la plaza, Lloyd vio que la calle se ensanchaba cerca de la iglesia. Los hombres armados de las altas torres gemelas gozaban de una buena visión, por lo que les costaría poco disparar a cualquiera que se acerca-

ra. En el suelo había pocas cosas que ofrecieran protección: unos cuantos escombros, un caballo muerto y una carretilla.

«Moriremos todos», pensó.

«Pero, si no, ¿para qué hemos venido aquí?»

Se volvió hacia sus hombres, preguntándose qué podía decirles. Tenía que lograr que siguieran pensando en positivo.

—Avanzad pegados a los laterales de la calle, cerca de las casas —les aconsejó—. Recordad que cuanto más lentos seáis, más tiempo estaréis en peligro; así que esperad a oír el silbato y echaos a correr a toda leche.

Los tres toques estridentes del silbato del comandante Márquez sonaron antes de lo esperado.

—Lenny, tú saldrás el último —dijo.

—¿Quién irá el primero? —preguntó Lenny.

—Yo, por supuesto.

«Adiós, mundo —pensó Lloyd—. Al menos moriré combatiendo a los fascistas.»

Abrió la puerta del todo.

—¡Vamos! —gritó, y echó a correr.

El efecto sorpresa le concedió unos segundos de gracia y pudo correr sin obstáculos por la calle en dirección a la iglesia. Notaba en el rostro la quemazón del sol de mediodía y oía tras de sí las pisadas de las botas de sus hombres; y, con un extraño sentimiento de gratitud, reparó en que esas sensaciones significaban que seguía con vida. Entonces el fuego estalló como una granizada. Durante unos instantes más siguió corriendo mientras oía los silbidos y los estallidos de las balas; hasta que, de repente, notó una sensación en el brazo izquierdo, como si hubiera recibido el impacto de algo y, sin razón aparente, cayó al suelo.

Se dio cuenta de que estaba herido. No sentía dolor, pero tenía el brazo entumecido y sin fuerza. Consiguió rodar por el suelo hasta topar con la pared del edificio más cercano. Los disparos continuaban surcando el aire, y se sentía tremendamente vulnerable, pero a poca distancia vio un cadáver. Era un soldado nacional, apoyado en la casa. Daba la impresión de haberse quedado dormido sentado en el suelo, con la espalda contra la pared; solo que tenía una herida de bala en el cuello.

Lloyd avanzó serpenteando, con movimientos extraños, sosteniendo el fusil con la mano derecha y arrastrando el brazo izquierdo tras de sí. Luego se agazapó detrás del cadáver y trató de encogerse.

Apoyó el cañón de su fusil en el hombro del soldado muerto y apuntó a una ventana alta de la torre de la iglesia. Disparó los cinco

proyectiles de la recámara uno tras otro. No sabía si había herido a alguien o no.

Se volvió a mirar atrás. Horrorizado, observó la calle tapizada con los cadáveres de los hombres de su sección. El cuerpo inmóvil de Mario Rivera con su camisa roja y negra parecía una bandera anarquista arrugada. Junto a Mario yacía Jasper Johnson, con los rizos negros cubiertos de sangre. Tantas horas de viaje desde una fábrica de Chicago para acabar muriendo en una calle de una pequeña población española, pensó Lloyd, y todo porque creía en un mundo mejor.

Peor era contemplar a los que aún vivían, tendidos en el suelo gritando y quejándose. En algún lugar había un hombre agonizando, pero Lloyd no podía ver dónde estaba ni quién era. Unos cuantos hombres seguían corriendo, pero, mientras los miraba, algunos más cayeron y otros se arrojaron al suelo. Al cabo de unos segundos no se movía nadie a excepción de los heridos que se retorcían de dolor.

Menuda matanza, pensó, y una mezcla de ira y pesar ascendió desde sus entrañas y se atoró en su garganta.

¿Dónde estaban las otras unidades? No era posible que la sección de Lloyd fuera la única implicada en la ofensiva, ¿verdad? Tal vez los demás habían avanzado por calles paralelas que desembocaban en la plaza. Una operación de asalto requería una superioridad numérica abrumadora. Lloyd y sus treinta y cinco hombres eran a todas luces insuficientes. Los fascistas los habían matado o herido a prácticamente todos, y los pocos miembros de la sección de Lloyd que seguían en pie se habían visto obligados a resguardarse antes de alcanzar la iglesia.

Cruzó una mirada con Lenny, que se asomaba por detrás del caballo muerto. Al menos él seguía vivo. Lenny levantó el fusil e hizo un ademán de impotencia, como diciendo «no tengo municiones». Lloyd tampoco las tenía. Al cabo de un minuto, los disparos procedentes de la calle cesaron cuando también los demás se quedaron sin balas.

Adiós al asalto a la iglesia. De todos modos, era una misión imposible; y sin municiones habría resultado un suicidio en vano.

La lluvia de disparos procedentes de la iglesia había amainado tras eliminar a los blancos más fáciles; aun así, de vez en cuando se producía alguno dirigido a quienes permanecían a resguardo. Lloyd se dio cuenta de que todos sus hombres acabarían muertos. Tenían que retirarse.

Aunque, probablemente, también los matarían mientras se replegaban.

Volvió a cruzar una mirada con Lenny e hizo un gesto energético

hacia atrás, en dirección opuesta a la iglesia. Lenny miró alrededor y repitió la señal a los pocos que quedaban vivos. Tendrían más posibilidades de salvarse si se movían todos a la vez.

Cuando ya habían advertido al máximo número posible de hombres, Lloyd se esforzó por ponerse en pie.

—¡Retirada! —gritó a todo pulmón.

Entonces echó a correr.

No había más de doscientos metros, pero se le antojó el trayecto más largo de su vida.

Los rebeldes abrieron fuego desde la iglesia en cuanto vieron moverse a las tropas republicanas. Con el rabillo del ojo, Lloyd creyó ver a cinco o seis de sus hombres batiéndose en retirada. Corrió dando zancadas irregulares ya que el brazo herido lo desequilibraba. Lenny iba delante de él y, al parecer, estaba ileso. Las balas batían las fachadas de los edificios frente a los que Lloyd pasaba tambaleándose. Lenny llegó a la casa de la que habían salido, entró a toda prisa y abrió la puerta. Lloyd la cruzó resollando y se dejó caer en el suelo. Detrás entraron tres hombres más.

Lloyd se quedó mirando a los supervivientes: Lenny, Dave, Muggsy Morgan y Joe Eli.

—¿Estamos todos? —preguntó.

—Sí —respondió Lenny.

—Cielo santo. Conseguimos salir cinco; cinco de treinta y seis.

—Qué gran asesor militar es el coronel Bobrov.

Se pusieron en pie entre jadeos, luchando por recobrar el aliento. Lloyd recuperó la sensibilidad del brazo; el dolor era insoportable. Sintió que a pesar de todo podía moverlo, así que tal vez no lo tuviera roto. Bajó la mirada y vio que tenía la manga empapada en sangre. Dave se quitó el fular rojo y con él improvisó un cabestrillo.

A Lenny lo habían herido en la cabeza. Tenía el rostro ensangrentado pero dijo que no era más que un rasguño, y tenía buen aspecto.

Milagrosamente, Dave, Muggsy y Joe habían resultado ilesos.

—Será mejor que regresemos a por nuevas órdenes —dijo Lloyd cuando llevaban unos cuantos minutos tumbados—. De todos modos, sin munición no podemos llevar a cabo ninguna acción.

—¿Qué os parece si antes nos tomamos una buena taza de té? —bromeó Lenny.

—No podemos, no tenemos cucharillas —dijo Lloyd.

—Ah, de acuerdo.

—¿No podemos descansar un rato más? —preguntó Dave.

—Ya descansaremos en la retaguardia —respondió Lloyd—. Es más seguro.

Deshicieron el camino a través de la serie de casas, colándose por los boquetes que habían abierto en las paredes. Lloyd estaba mareado de tanto agacharse. Se preguntó si la pérdida de sangre lo habría debilitado.

Salieron al exterior lejos de la iglesia de San Agustín, donde no podían verlos, y avanzaron a toda prisa por una calle lateral. El alivio que Lloyd sentía al seguir vivo estaba dando paso rápidamente a la furia por la absurda pérdida de las vidas de sus hombres.

Llegaron al establo de las afueras de la población que las fuerzas del gobierno habían convertido en su cuartel. Lloyd vio al comandante Márquez detrás de una pila de cajas de embalar, repartiendo municiones.

—¿Por qué no había para nosotros? —preguntó, furioso.

Márquez se encogió de hombros.

—Le comunicaré lo sucedido a Bobrov —dijo Lloyd.

El coronel Bobrov se encontraba en la puerta del establo, sentado en una silla frente a una mesa. Los dos muebles parecían haber sido robados de alguna casa. Tenía el rostro enrojecido, quemado por el sol. Estaba hablando con Volodia Peshkov. Lloyd fue directo hacia ellos.

—Hemos asaltado la iglesia, pero no hemos recibido apoyo —dijo—. ¡Y nos hemos quedado sin municiones porque Márquez se ha negado a abastecernos!

Bobrov miró a Lloyd con frialdad.

—¿Qué está haciendo aquí? —le espetó.

Lloyd se quedó perplejo. Esperaba que Bobrov lo felicitara por el audaz esfuerzo y que, al menos, le mostrara su empatía por la falta de apoyo.

—Ya se lo he dicho —repuso él—. No hemos recibido apoyo. No puede asaltarse un edificio fortificado con tan solo una sección. Hemos hecho todo cuanto hemos podido, pero nos han aniquilado. He perdido a treinta y uno de mis treinta y cinco hombres. —Señaló a sus cuatro compañeros—. ¡Esto es todo lo que queda de mi sección!

—¿Quién les ha ordenado que se retiraran?

Lloyd hacía esfuerzos para no marearse. Sentía que estaba a punto de perder el conocimiento, pero tenía que explicarle a Bobrov con qué coraje habían luchado sus hombres.

—Hemos venido por nuevas órdenes. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Tendrían que haber seguido luchando mientras quedara un hombre en pie.

—¿Y con qué teníamos que luchar? ¡No nos quedaban balas!

—¡Silencio! —rugió Bobrov—. ¡Firmes!

Al instante, todos se cuadraron. Lloyd, Lenny, Dave, Muggsy y Joe formaron en línea. Lloyd temía desmayarse de un momento a otro.

—¡Media vuelta!

Todos se volvieron de espaldas. «Y ahora, ¿qué?», pensó Lloyd.

—Los heridos, rompan filas.

Lloyd y Lenny dieron un paso atrás.

—Los heridos leves serán trasladados al servicio de escolta de prisioneros.

Lloyd imaginó vagamente que le tocaría vigilar a prisioneros de guerra en un tren con destino a Barcelona. Se tambaleó sin llegar a caerse. En esos momentos no sería capaz ni de vigilar un rebaño de ovejas, pensó.

—Retirarse cuando uno se encuentra bajo el fuego enemigo sin haber recibido órdenes es desertar.

Lloyd se dio la vuelta y miró a Bobrov. Preso del horror y la estupefacción, vio que había sacado el revólver de su funda con botón.

Bobrov dio un paso adelante, de modo que se situó justo detrás de los tres hombres que permanecían firmes.

—Los tres son culpables y son condenados a pena de muerte. —Levantó la pistola hasta que el cañón estuvo a siete centímetros y medio de la parte posterior de la cabeza de Dave.

Entonces disparó.

Se oyó un estampido. En la cabeza de Dave apareció un agujero de bala y su frente explotó en un amasijo de sangre y sesos.

Lloyd no daba crédito a lo que estaba presenciando.

Junto a Dave, Muggsy se dispuso a volverse con la boca abierta para gritar; pero Bobrov fue más rápido. Situó la pistola contra el cuello de Muggsy y disparó de nuevo. La bala penetró por detrás de la oreja derecha y salió por el ojo izquierdo, y Muggsy se derrumbó.

Al final Lloyd recuperó la voz, y gritó:

—¡No!

Joe Eli se dio media vuelta, bramando de estupor y furia, y levantó las manos para aferrar a Bobrov. Se produjo un nuevo disparo y Joe recibió un balazo en la garganta. La sangre brotaba del cuello como de un manantial y salpicó el uniforme del Ejército Rojo de Bobrov, lo

cual provocó que el coronel retrocediera de un salto, maldiciendo. Joe cayó al suelo pero no murió de inmediato. Lloyd observó, impotente, cómo la sangre manaba de la arteria carótida de Joe y teñía la reseca tierra española. Daba la impresión de que Joe quería hablar, pero no logró pronunciar palabra; y entonces sus ojos se cerraron y lo abandonaron las fuerzas.

—No hay clemencia para los cobardes —dijo Bobrov, y se alejó.

Lloyd contempló a Dave tendido en el suelo: delgado, mugriento, valiente como un león, con dieciséis años y muerto. No lo habían matado los fascistas sino un oficial soviético estúpido y sanguinario. Qué pérdida tan absurda, pensó Lloyd, y se le arrasaron los ojos en lágrimas.

Un sargento salió corriendo del establo.

—¡Se han rendido! —gritó con alegría—. La ciudad ha capitulado; han izado la bandera blanca. ¡Hemos tomado Belchite!

Al final el mareo venció a Lloyd, y se desmayó.

V

El clima en Londres era frío y húmedo. Lloyd recorrió Nutley Street bajo la lluvia, en dirección a casa de su madre. Aún lucía la cazadora con cremallera y los pantalones de pana que constituían el uniforme del ejército español, y unas botas sin calcetines. Llevaba una pequeña mochila que contenía la muda limpia, una camisa y una taza de hojalata. Alrededor del cuello llevaba el fular rojo que Dave había convertido en un cabestrillo improvisado para su brazo herido. El brazo seguía doliéndole, pero ya no necesitaba el cabestrillo.

Era un atardecer de octubre.

Tal como esperaba, lo habían subido a un tren de abastecimiento con rumbo a Barcelona, atestado de prisioneros rebeldes. El trayecto no debía de ser de más de ciento cincuenta kilómetros, pero habían tardado tres días en recorrerlo. En Barcelona, lo habían separado de Lenny y perdieron el contacto. Luego logró que lo recogiera un camión que se dirigía hacia el norte. Tras apearse, caminó, hizo autostop y viajó en vagones de tren llenos de carbón, de grava y, en una afortunada ocasión, de cajas de vino. Cruzó la frontera de Francia a hurtadillas, de noche. Había dormido al raso, mendigado comida y realizado

todo tipo de tareas a cambio de unas pocas monedas; y durante dos semanas tuvo la suerte de trabajar de vendimiador en una viña de Burdeos, lo que le permitió ahorrar el dinero necesario para cruzar el canal de la Mancha en barco. Ahora estaba en casa.

Aspiró el olor del hollín y la humedad de Aldgate como si fuera perfume. Se detuvo frente a la verja del jardín y observó la casa donde había nacido más de veintidós años atrás. La luz brillaba tras las ventanas azotadas por la lluvia: había alguien en casa. Se dirigió a la puerta principal. Aún tenía la llave, la guardaba junto con el pasaporte. Entró.

Dejó la mochila en el suelo del recibidor, junto a la percha para sombreros.

Oyó una voz procedente de la cocina.

—¿Quién es? —Era su padrastro, Bernie.

Lloyd descubrió que se había quedado sin habla.

Bernie salió al recibidor.

—¿Quién...? —Entonces reconoció a Lloyd—. ¡Válgame Dios! —exclamó—. Eres tú.

—Hola, papá —lo saludó Lloyd.

—Hijo mío —dijo Bernie, y le dio un fuerte abrazo—. Estás vivo. —Lloyd notó el temblor de sus sollozos.

Al cabo de un minuto, Bernie se frotó los ojos con la manga de la chaqueta de punto y se dirigió al pie de las escaleras.

—¡Eth! —gritó.

—¿Qué?

—Tienes visita.

—Un momento.

Bajó al cabo de unos segundos ataviada con un vestido azul, tan guapa como siempre. A mitad de las escaleras, reparó en el rostro de Lloyd y palideció.

—Oh, *Duw* —dijo—. Lloyd... —Bajó corriendo el resto de los escalones y le echó los brazos al cuello—. ¡Estás vivo! —exclamó.

—Te escribí desde Barcelona...

—No he recibido esa carta.

—Así, no sabes...

—¿Qué?

—Que Dave Williams murió.

—¡Oh, no!

—Lo mataron en la batalla de Belchite. —Lloyd había decidido no contar la verdad acerca de la forma en que Dave había muerto.

—¿Y Lenny Griffiths?

—No lo sé. Perdimos el contacto. Esperaba que hubiera regresado a casa antes que yo.

—No, no saben nada de él.

—¿Qué tal van las cosas por allí? —preguntó Bernie.

—Los fascistas están ganando. Y la culpa es sobre todo de los comunistas, que están más interesados en combatir a los otros grupos de izquierdas.

Bernie se quedó horrorizado.

—No puede ser.

—Es cierto. Si algo he aprendido en España es que tenemos que combatir a los comunistas tanto como a los fascistas. Son perversos, los unos y los otros.

Su madre lanzó una sonrisa irónica.

—No sé por qué, ya me lo imaginaba. —Lloyd se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que lo sospechaba.

—Basta de política —dijo él—. ¿Cómo estás, mamá?

—Ah, igual que siempre. Pero ¿y tú? Mírate, ¡estás en los huesos!

—En España no había gran cosa para comer.

—Voy a prepararte algo.

—No hay prisa. Llevo doce meses pasando hambre; podré resistirlo unos minutos más. Pero te diré qué me apetece mucho.

—¿Qué? ¡Pide lo que sea!

—Me encantaría que me prepararas una buena taza de té.